

# ES BUENO CREER

para una teología  
de la esperanza



José Antonio Pagola

Hace unos años, Edward Schillebeeckx hacía esta grave afirmación: *«La razón primordial de que nuestras iglesias se vacíen parece residir en que los cristianos estamos perdiendo la capacidad de presentar el evangelio a los hombres de hoy como una buena noticia. Y ¿quién querrá escuchar lo que ya no se presenta como una noticia alentadora, especialmente si se anuncia en un tono autoritario invocando el evangelio?»*. Así lo cree José Antonio Pagola, y así lo desarrolla en este libro, donde se deja claro que si el evangelio es «buena noticia», se ha de hacer notar como nueva y como buena. Como dice el autor, *«es raro en nuestros días oír predicar sobre la felicidad. se tiende a pensar que la fe es algo que tiene que ver con la salvación después de la muerte, pero no con la felicidad concreta de cada día, que es la que ahora mismo interesa a las personas»*.

Desde ese planteamiento, la obra muestra las bienaventuranzas como anuncio real de una felicidad sana que Dios quiere y busca ya desde ahora para cada ser humano (cap. 1º), afronta el problema del sufrimiento (cap. 2º), plantea la esperanza militante como camino cristiano en las durezas del mundo actual (cap. 3º), y se detiene en una teología de la salud como marco esencial de la salvación que ofrece Jesús (cap. 4º). Un libro, en fin, del que el mismo autor expresa qué espera: *«Si, a pesar de sus lagunas y deficiencias, ayuda a alguien a experimentar su fe como algo bueno, que trae a su vida luz, sentido y esperanza, este libro habrá cumplido el objetivo para el que ha nacido, proclamar que es bueno creer en Jesucristo»*.

## PRESENTACIÓN

NO SON POCOS los que están abandonando hoy la fe por que, en el fondo, nunca han experimentado que Dios podía ser para ellos fuente de vida y de alegría. Al contrario, siempre han sentido la religión como un estorbo para vivir. En ellos ha quedado el recuerdo de un cristianismo que poco tiene que ver con la felicidad que buscan ahora mismo desde el fondo de su ser.

Hoy, alejados cada vez más de la experiencia religiosa, y respirando un ambiente social donde la religión es considerada como algo negativo y molesto, estas personas sólo sienten desafecto y desconfianza ante el cristianismo. No creen que la fe pueda aportarles nada importante para sentirse mejor.

Me he hecho a menudo no pocas preguntas: estos hombres y mujeres, aparentemente tan indiferentes a la religión, ¿ya no la necesitan? ¿Qué queda en ellos de esa fe que un día habitó su corazón? ¿Se han cerrado para siempre al Dios de Jesucristo? ¿Qué tiene que suceder para que se interesen de nuevo por Jesucristo y su mensaje? Y sólo intuyo una respuesta: estas personas tendrían que experimentar que la fe hace bien, que es bueno creer, que Jesucristo es el mejor estímulo y la fuerza más vigorosa para vivir de manera positiva y acertada.

Hace unos años, Edward Schillebeeckx hacía esta grave afirmación: «La razón primordial de que nuestras iglesias se vacíen parece residir en que los cristianos estamos perdiendo la capacidad de presentar el evangelio a los hombres de hoy con una fidelidad creativa —junto con sus aspectos crí-

ticos—, como una buena noticia... Y ¿quién querrá escuchar lo que ya no se presenta como una noticia alentadora, especialmente si se anuncia en un tono autoritario invocando el evangelio?».

Tiene razón el teólogo de Nimega. Necesitamos «fidelidad creativa» para presentar el evangelio como «buena noticia» para el hombre de hoy. No basta seguir repitiendo monótonamente la doctrina cristiana como la gran verdad de la salvación. Para evangelizar, es necesario introducir en la vida concreta de las gentes una experiencia que pueda ser percibida como sanadora y salvadora. Si el evangelio es «buena noticia», se ha de hacer notar como nueva y como buena. Si Jesucristo es salvador, las personas han de poder encontrar en él, no sólo una salvación futura, lejana y desdibujada, sino también algo bueno para vivir ya ahora. Algo que la ciencia, la técnica o el progreso no pueden proporcionar.

Esta ha sido mi preocupación de fondo en no pocas charlas y exposiciones estos últimos años. Me he esforzado por mostrar lo que la fe cristiana puede aportar a quien busca vivir de forma sana. He estado atento, sobre todo, a cuatro experiencias básicas: el deseo de felicidad, la crisis del sufrimiento, la necesidad de esperanza y la preocupación por la salud.

Es raro en nuestros días oír predicar sobre la felicidad. Hace tiempo que la dicha ha desaparecido casi por completo del horizonte de la teología. Se tiende a pensar que la fe es algo que tiene que ver con la salvación después de la muerte, pero no con la felicidad concreta de cada día, que es la que ahora mismo interesa a las personas. En el capítulo primero, trato de mostrar que las bienaventuranzas, núcleo del evangelio, son anuncio real de una felicidad sana que Dios quiere y busca ya desde ahora para cada ser humano.

Pero sería un engaño hablar de felicidad escamoteando el problema del sufrimiento. Por otra parte, el cristiano ha

de escuchar la llamada de Jesús a «tomar la cruz». Es obligado hacerse no pocas preguntas. ¿Se puede seguir al crucificado y buscar, al mismo tiempo, ser feliz? Pensar en la felicidad, ¿no sería desviarse de la experiencia cristiana en cuyo centro está clavada la cruz? ¿No consiste precisamente el cristianismo en esto: «Cruz aquí y felicidad en el más allá»? En el capítulo segundo me esfuerzo por hacer ver cómo la fe cristiana ayuda a vivir el sufrimiento de la forma más sana y más digna.

La falta de esperanza cierra el camino hacia la felicidad. Por otra parte, mina las fuerzas de quien se ha de enfrentar al sufrimiento, sin esperanza, el mal se hace más duro y penoso. Por eso, de todos los rasgos que parecen caracterizar al hombre de hoy, el más preocupante es, probablemente, la pérdida de esperanza. En el capítulo tercero he querido trazar un perfil de la esperanza cristiana para nuestros días. Al mismo tiempo, señalo algunas tareas de la esperanza en la sociedad actual y sugiero pistas para una pedagogía que ayude a vivir de manera más esperanzada.

La salud es una de las primeras preocupaciones del hombre. Para vivir, lo primero es tener salud. Sin embargo, la reflexión cristiana que se ha preocupado tanto de la enfermedad y el dolor, se ha sentido casi siempre incómoda ante la salud. Lo que preocupa a la teología es la salvación eterna, no la salud actual. Se olvida que Jesús anuncia y ofrece la salvación total de Dios, no de cualquier forma, sino precisamente sembrando salud y promoviendo vida sana. En el capítulo cuarto trato de iluminar desde la fe en Cristo la experiencia de la salud, empobrecida y distorsionada hoy de diversas formas. Al mismo tiempo, me esfuerzo por mostrar cómo puede ser la fe cristiana fuente de verdadera salud.

El resultado de mi trabajo es modesto y limitado. Mis actuales ocupaciones pastorales no me permiten ahondar más en algunos aspectos, como hubiera sido mi deseo. Si estas páginas ven la luz, sólo se debe a las numerosas peti-

ciones de quienes me han escuchado directamente exponer estos temas. Si, a pesar de sus lagunas y deficiencias, ayudan a alguien a experimentar su fe como algo bueno, que trae a su vida luz, sentido y esperanza, este libro habrá cumplido el objetivo para el que ha nacido proclamar que es bueno creer en Jesucristo.

San Sebastián, 15 de junio de 1996

JOSÉ ANTONIO PAGOLA

## Cap. 1. EL CRISTIANO ANTE LA FELICIDAD

SIEMPRE SE HA DICHO que las bienaventuranzas son el diseño de la vida cristiana. Pero estaríamos equivocados si sólo viéramos en ellas un código moral o un manual de conducta. Las bienaventuranzas son mucho más. Por una parte, sugieren el espíritu que ha de animar a quien sigue a Jesús. Por otra, nos prometen aquello que más anhela nuestro corazón: felicidad. Todos llevamos en lo más hondo de nuestro ser un hambre insaciable de «algo» que llamamos felicidad. Por eso, cuando las escuchamos con atención y sencillez, las bienaventuranzas despiertan en nosotros un eco especial.

Siempre han proclamado los cristianos la grandeza de las bienaventuranzas. Se dice que son el «corazón del evangelio», la proclamación del reino de Dios, la síntesis de la fe cristiana. A pesar de todo, siempre he sospechado que son pocos los que llegan a intuir su mensaje y, menos aún, los que hacen de ellas el núcleo real de su vida.

No pretendo en las siguientes páginas ofrecer un estudio exegético sobre las bienaventuranzas. Tampoco un comentario teológico. Sólo quiero ayudar a los hombres y mujeres de hoy a escuchar su llamada a buscar la felicidad por caminos más acertados.

Pero, ¿qué es la felicidad? ¿En qué consiste realmente? ¿Cómo alcanzarla? ¿Por qué caminos? Todos sabemos que no es fácil ser feliz. No se puede ser dichoso de cualquier manera. No basta conseguir lo que uno andaba buscando. No es suficiente satisfacer nuestros deseos. Cuando por fin

conseguimos lo que tanto anhelábamos, casi siempre descubrimos que estamos de nuevo buscando «felicidad».

También es claro que la felicidad no se compra. Con dinero sólo se puede adquirir «apariencia de felicidad». Por eso hay tantas personas desdichadas en nuestras ciudades. Se compra placer, comodidad o bienestar. Pero, ¿cómo encontrar el gozo interior, la libertad, la experiencia de plenitud?

Nosotros hemos elaborado nuestras propias «bienaventuranzas». Suenan más o menos así. «Dichosos los que tienen dinero, los que se pueden comprar el último modelo, los que siempre triunfan, los que son aplaudidos, los que pueden disfrutar de la vida al máximo, los que son amados...». Las bienaventuranzas del evangelio ponen esta «felicidad» cabeza abajo. Según Jesús, estamos caminando justamente en dirección contraria. El camino acertado es otro. Mi reflexión quiere ayudar a «abrir los ojos» para intuir por dónde va ese camino evangélico que a tantos parece falso e imposible.

Mientras tanto, está claro que nuestra vida es bastante desdichada: conflictos, confusión, malestar, nerviosismo, depresión, cansancio, miedos, aburrimiento, frustración. Mi pregunta es muy sencilla: ¿pueden las bienaventuranzas aportar algo a quien se siente infeliz y desdichado? ¿Son, tal vez, una hermosa teoría sin repercusión alguna en nuestras vidas? Es cierto que Jesús dijo: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10,10). Pero ¿significa esto algo real y concreto para nuestro vivir diario?

Tal vez, alguno se estará diciendo: todo esto está muy bien, pero un cristiano ¿ha de preocuparse de ser feliz? Para seguir fielmente a Jesús, ¿no es lo importante «tomar la cruz»?

Parece que «lo cristiano» no es buscar felicidad sino exigencia y abnegación. Ser cristiano, ¿no es, en definitiva, renunciar a la felicidad y vivir peor que los demás?



Es cierto que Blas Pascal decía que «nadie es tan feliz, como un cristiano auténtico», pero, ¿quién cree hoy esto? ¿Cuántos saben que lo que Jesús propone es un camino por el que se puede conocer una dicha nueva, una felicidad capaz de transformar desde ahora nuestras vidas? ¿Cuántos sospechan que lo primero que uno escucha cuando capta el mensaje de Jesús es una llamada a ser feliz? ¿Quién recuerda que los primeros cristianos percibieron en Jesús la «buena noticia» de un Dios capaz de «salvar» al ser humano de su desdicha?

Es muy raro en nuestros días oír predicar sobre la felicidad. Hace tiempo que ha desaparecido del horizonte de la teología. Se ha olvidado, al parecer, aquella explosión de gozo que se vivió en el origen del cristianismo y nos hemos quedado exclusivamente con las exigencias, la ley y el deber. La impresión global que dan los cristianos hoy es «la de una fe que estrecharía, angustiaría la vida del hombre, alienaría su acción y mataría su gozo de vivir».

La acusación de F. Nietzsche es, con frecuencia, cierta. No tenemos caras de «redimidos», parecemos «personas mas encadenadas que liberadas por su Dios».

Tal vez, uno de los fracasos más graves de la Iglesia sea el no saber presentar a Dios como amigo de la felicidad del ser humano. Sin embargo, estoy convencido de que el hombre contemporáneo sólo se interesará por Dios si intuye que puede ser fuente de felicidad.

## 1.1. Todos buscamos felicidad

Es el primer dato. Todos buscamos ser felices. Jóvenes y adultos, pobres y ricos, personajes famosos y gentes desconocidas, todos andamos tras la felicidad. No sabemos cómo alcanzarla ni dónde puede estar, pero todos la buscamos. Allí donde encuentro a un hombre o una mujer, puedo estar seguro de que estoy ante alguien que busca exactamente lo mismo que yo: ser feliz.

El filósofo latino, Séneca escribió un pequeño tratado sobre la felicidad, titulado *De vita beata*, que comienza con estas conocidas palabras: «Todos los hombres, hermano Galión, quieren vivir felices». El ser humano anda siempre tras la felicidad. Si no la tiene, la busca; si cree poseerla, trata de conservarla; si la pierde, se esfuerza por recuperarla. Y cuando renuncia a una determinada felicidad, siempre lo hace buscando otra de mayor interés.

Es conocida la reflexión de san Agustín en sus Confesiones: «¿No es la felicidad lo que buscan todos los hombres? ¿Hay uno solo que no la quiera?... Pero, ¿dónde la han conocido para quererla así? ¿Dónde la han visto para quererla de esa manera?... Apenas oímos pronunciar esta palabra, re— conocemos que todos deseamos lo mismo... Si se pudiera interrogar a la vez a todos los hombres y preguntarles si quieren ser felices, todos responderían sin dudar que quieren serlo... El deseo de ser feliz no es sólo mío o de un número reducido de personas: todos, absolutamente todos, queremos ser felices. Unos piensan que encontrarán su felicidad de una manera, otros de otra. Pero todos están de acuerdo en un punto: todos quieren ser felices».

Pero no necesitamos pensar en lo que han dicho otros. Basta que observemos nuestra vida. Constantemente estamos haciendo todos esa especie de «balance vital» del que habla Julián Marías. De manera callada, siempre estamos

captando cómo nos encontramos: «Me siento bien o me siento mal», «me encuentro mejor o me encuentro peor». Siempre estamos viviendo con un tono determinado, y siempre estamos buscando «sentirnos bien».

El mismo Julián Marías hace unas observaciones sobre «el despertar», que arrojan mucha luz. Cada mañana nos despertamos a un nuevo día, al trabajo, a la actividad, a la tarea que hemos de llevar a cabo. Todo esto es cierto. Pero, si ahondamos un poco, comprobaremos que cada mañana nos despertamos a la felicidad o a la infelicidad. Detrás de todas las ocupaciones, experiencias o acontecimientos que nos esperan y, como fondo de todo, percibimos felicidad o infelicidad.

Por eso, hay como dos maneras de despertarse. Cuando percibimos un horizonte de felicidad, lo hacemos con un «sí» a la vida, dispuestos a alimentar y disfrutar esa felicidad más o menos intensa que experimentamos. Cuando, por el contrario, captamos que nos espera infelicidad, nos despertamos de otra manera, en una postura defensiva o de resignación y buscando algo que nos ayude a sentirnos mejor.

A los cristianos se nos olvida a veces que el evangelio es una respuesta a ese anhelo profundo de felicidad que habita nuestro corazón. No acertamos a ver en Cristo a alguien que promete felicidad y conduce hacia ella. No terminamos de creernos que las bienaventuranzas, antes que exigencia moral, son anuncio de felicidad. En la historia del cristianismo se ha ido abriendo una distancia grande entre la felicidad concreta y actual de las personas y la salvación eterna. Se tiende a pensar que la fe es algo que tiene que ver exclusivamente con una salvación futura y lejana, pero no con la felicidad concreta de cada día, que es la que ahora mismo nos interesa.

Este grave malentendido es, tal vez, uno de los mayores obstáculos que encuentran hoy bastantes personas para abrirse al evangelio. La cultura moderna ha nacido con la

sospecha de que Dios es enemigo de la felicidad. F Nietzsche, K Marx, S Freud y demás creadores de la cultura actual han sospechado, desde análisis diferentes, que la religión no busca la felicidad del ser humano sino su desdicha. Esta sospecha se ha extendido de tal forma que hoy son muchos los que piensan, a veces sin atreverse a decirlo en voz alta, que la religión es un fastidio. Un estorbo para vivir la vida intensamente y con libertad. En el corazón de no pocos anida la sospecha de que sin Dios y sin religión seríamos más felices.

Los hombres y mujeres de hoy seguirán alejándose de la fe mientras no descubran que Dios sólo busca nuestra felicidad y que la busca desde ahora. Que Dios es sólo salvador, y salvador de nuestra felicidad ahora y para siempre. A Tony de Mello le oí decir en cierta ocasión que los cristianos nos hemos preguntado mucho si hay vida después de la muerte. Según él, ha llegado la hora de que nos preguntemos también si la fe proporciona vida antes de la muerte.

Las bienaventuranzas nos ayudan a descubrir de manera concreta el camino a seguir para encontrar y disfrutar la felicidad vivida y experimentada por el mismo Jesús: «Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté dentro de vosotros y vuestra alegría sea completa» (Jn 15,11). El camino diseñado en las bienaventuranzas nos puede hacer conocer la felicidad vivida por el mismo Jesús. Sólo así alcanzan su plenitud nuestras pequeñas alegrías.

## 1.2. Pero, ¿qué es la felicidad?

Todos buscamos ser felices, pero lo sorprendente es que no sabemos dar una respuesta clara cuando se nos pregunta en qué consiste la felicidad. Todos andamos tras ella, pero como observa Adela Cortina, «cada vez estamos más lejos de llegar a un acuerdo con respecto a su contenido».

De hecho, son muchas las palabras que empleamos para nombrar o sugerir la felicidad: dicha, suerte, fortuna, beatitud, ventura, bienaventuranza, bienestar, satisfacción, placer, alegría de vivir, gozo, calidad de vida. Esto significa que, probablemente, la felicidad puede ser confundida con muchas cosas que tienen algo que ver con ella, pero que, tal vez, no son propiamente felicidad. El problema está en saber qué es, en definitiva, la felicidad, a qué nos referimos cuando hablamos de ella, qué es lo que hace feliz la vida.

Por de pronto, podemos hacer dos observaciones. En primer lugar, la felicidad parece siempre algo muy subjetivo. No todos ponemos la felicidad en lo mismo. El contento o descontento de los individuos depende de factores muy diversos, y de gustos y necesidades muy variadas. Además, hay personas que parecen ser felices con cualquier cosa, mientras otras no disfrutan nunca con nada. Hay personas que saben saborear una «felicidad barata». Según S M Guyan «con un pedazo de pan, un libro o un paisaje, podéis gustar un placer infinitamente superior al de un imbécil en un coche tirado por cuatro caballos». El hecho es que todo el mundo busca ser feliz, aunque cada uno lo haga siguiendo su propio camino. Podemos hacernos una pregunta todos esos caminos, ¿no apuntarán hacia un objetivo común? ¿No habrá algo hacia donde todos hemos de dirigir nuestros pasos si queremos encontrar verdadera felicidad?

La segunda observación es que la felicidad parece estar casi siempre en «lo que nos falta», en algo que todavía no poseemos. Un enfermo sería feliz si pudiera recobrar la salud, para una persona sola y olvidada, la felicidad consistiría en encontrar un amigo o una amiga que supiera escucharla, al que se encuentra metido en conflictos y tensiones le haría feliz lograr la paz. La pregunta que hemos de hacernos es sencilla. Si la felicidad parece estar siempre en lo que nos falta, ¿que es realmente lo que nos falta? ¿Qué necesitamos encontrar para ser felices?

Es aquí precisamente donde hemos de situar la llamada de Jesús y el mensaje de las bienaventuranzas. En el evangelio se nos hace justamente la invitación a buscar «lo que nos falta» para ser felices. Y no es precisamente dinero, seguridad, placer. Las bienaventuranzas desenmascaran ciertas experiencias de «felicidad», que son parciales e insuficientes, y que, incluso, pueden cerrarnos a la verdadera felicidad que proviene de Dios y que es la que anuncia y promete Jesús.

Estoy convencido de que una persona está a punto de tomar en serio a Jesús cuando intuye que en él puede encontrar precisamente «lo que le falta» para ser feliz con una felicidad más real y verdadera.

### 1.3. ¿Es posible ser feliz?

Pero, hemos de ser realistas ¿Se puede ser feliz en esta vida que conocemos? Buscar la felicidad, ¿no es buscar lo imposible? En general, las personas se muestran pesimistas cuando se les pregunta si se puede alcanzar la felicidad. Les parece un logro difícil y, tal vez, imposible.

En su obra "Opiniones de un payaso", H Boíl le hace decir a su personaje estas palabras «Por felicidad no alcanzo a entender nada que dure mas de un segundo, puede que dos o tres como máximo».

La ciencia no habla de felicidad. Los políticos, por su parte, saben que no pueden incluirla en sus programas. Fernando Savater advierte que «la felicidad es todavía lo que los políticos no se atreven a prometer directamente en nuestros días».

La felicidad suele aparecer en la publicidad o al final de ciertas películas, en el mundo de lo ideal.

No parece, pues, fácil ser feliz. Y, sin embargo, el ser humano no renuncia a la felicidad. La necesita y la busca. F. Savater dice que es «imposible», pero «imprescindible»; J. Marías la llama «el imposible necesario».

No podemos ser felices, pero necesitamos serlo. Este hecho tan paradójico obliga a reflexionar.

En primer lugar, ¿qué es lo que falla? Nada nos resulta bastante para ser felices. Somos insaciables Cuando conseguimos satisfacer nuestro deseo, se produce en nosotros un gozo, un contento, pero, enseguida, dentro de ese contento comienza a gestarse de nuevo la insatisfacción, el deseo de algo que nos falta. No parece que esta insatisfacción constante se deba a tal o cual vacío concreto. Es algo más profundo. Es la vida misma la que parece pedir algo más grande, más pleno y más gratificante.